

Aproximación a una antropología de la mano: Las manos del médico

Por Angel FERNANDEZ DUEÑAS

Discurso de ingreso como Académico Numerario leído por su autor en la sesión pública del día 21 de mayo de 1987

Cuando hace unos momentos nuestro director me imponía la medalla de numerario de esta Real Academia, se cumplía una acariciada ilusión que comenzó a gestarse en mí hace muchos años.

El 31 de enero de 1953 asistía por primera vez a una sesión extraordinaria de esta ilustre corporación, que tenía por objeto la recepción, como académico de número, de mi tío don Rafael Aguilar Priego, que más adelante ocuparía, hasta su prematuro fallecimiento, el cargo de secretario perpetuo.

Aún recuerdo, en el marco de la antigua sede, ubicada en el Ayuntamiento de la calle Pedro López, lo que a mí se me antojaba una ceremonia trascendente: mi tío Rafael accedía al más antiguo y firme bastión de la cultura de Córdoba; mis ojos infantiles tenían que reflejar todo un mundo de emoción y respeto, al contemplar, muy cerca, a personas que admiraba por ser mis maestros en el instituto de enseñanza media: doña Luisa Revuelta, don Samuel de los Santos, don José M.^a Rey, don Rafael Gálvez, don Vicente Orti, don Juan Gómez Crespo.

En ese momento, vívido aún a pesar del tiempo transcurrido, nació mi ilusión por incardinarme algún día a la Real Academia de Córdoba. Muchos años después, en 1978, fui nombrado colaborador y, al poco tiempo, correspondiente de la sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Hoy, por tanto, se corona ese deseo que nació en mi mente de niño y, a pesar de la transmutación de tiempo, de lugar y de auditorio, créanme ustedes, señoras y señores, que vuelvo a sentirme casi tan niño como entonces. Me veo, eso sí, con las mismas ilusiones de superación y perfeccionamiento, típicas de las edades juveniles pero, sobre todo, me reconozco en auténtico estado de infantilismo cultural y científico cuando contemplo a ustedes, señores académicos, en los que siempre he reconocido la sabiduría y el magisterio que yo he anhelado poseer.

Con vuestra probada benevolencia al aceptarme, demostráis más afecto a mi persona que justicia a mis merecimientos. Y como «el agradecimiento es la memoria del corazón», quiero, en primer lugar, expresaros mi gratitud, aunque, haciendo mía la frase hamletiana «...mendigo como soy, soy pobre también en dar las gracias...», me temo que no sabré explicar con palabras lo que, en verdad, mi corazón en estos momentos siente:

Gracias, señores académicos numerarios que me propusisteis y gracias también a todos los demás, que me aceptasteis.

Mi agradecimiento también para mis compañeros correspondientes, por su apoyo moral y por su estímulo.

Y gracias, por fin, a nuestro secretario perpetuo, don Manuel Nieto Cumplido, mi padrino en esta ceremonia, que pronunciará la contestación a mi discurso.

Pero antes de iniciar éste, he de referirme a mi antecesor en el sillón académico. Y ello lo hago con emoción en el alma y casi con lágrimas en los ojos porque para mí, hablar de don Enrique Luque, es mucho más que un mero requisito protocolario o una simple cortesía académica.

¿Qué puedo yo decir de don Enrique que todos ustedes no sepan? ¿Cómo glosar aquí y ahora, toda la vida profesional y académica de un hombre verdaderamente excepcional y figura señera y señora de la medicina cordobesa?. Voces más dignas que la mía habrán de desgranar todo un rosario de alabanzas cuando tenga lugar su pendiente sesión necrológica, pero hoy sí quiero dejar constancia de unas frases que le dedicara el, también llorado, don Rafael Castejón en la contestación a su discurso de acceso a esta Real Academia. Tras haber resumido todo el valor cultural y científico del recipiendario, decía don Rafael: «...tal vez, por encima de todo eso, la aureola popular de sabio, de bueno, de afectuoso, de amor al prójimo que le acompaña por doquier, sea la recompensa más apreciada...».

Sin embargo, el tema de mi discurso va a fundamentarse en don Enrique; no podía ser de otra manera.

Inmediatamente de conocer su fallecimiento, me personé en su domicilio y pedí a sus hijos verle por última vez. Estuve mucho rato contemplando su figura yacente, envuelta en un amplio sudario que sólo permitía ver su rostro y sus manos.

¡Sus manos...! Las «manos del milagro» como las denominara hace algún tiempo un periodista cordobés. Unas manos, que entrelazadas e inmóviles, me recordaban un vaciado en piedra de las de Julio Romero, realizado por Angel del Rosal.

Unas manos poderosas y, sin embargo, estilizadas, de dedos largos y ágiles, que tantas veces vencieran a la muerte en la cotidiana batalla del quirófano.

Manos en la que, aun yertas, se podían adivinar las tres cualidades necesarias en el cirujano: la destreza o *eucinesia*, el «saber hacer» o *eunoia* y la buena voluntad en ese hacer o *eubulia*, que componen la bella expresión hipocrática, el precepto necesario de la «eurritmia de las manos».

Mirando las manos de don Enrique, creí ver en ellas un arquetipo, un símbolo; y surgió una reflexión: ¿cómo no extender a la mano que explora estos mandamientos relativos a la mano que opera? ¿Cómo no descubrir en las suyas, a las «manos del médico»?

Y así surgió el tema de mi discurso que, aunque pobre e incompleto, se me antoja magnífico en su intención que no es otra que la de brindar un póstumo homenaje al gran hombre al que, inmerecidamente, voy a reemplazar en esta Real Academia.

Hay que remontarse a la antigüedad clásica para poder iniciar una apro-

ximación a la antropología de la mano, que comienza en la tesis de Anaximandro y en su contestación a cargo de Aristóteles: el hombre ¿es inteligente porque tiene manos o tiene manos porque es inteligente?.

El filósofo de Estagira en su tratado *De ánima* nos dice: «...la inteligencia, al nacer; es como una tablilla sobre la que no hay nada escrito...», y posteriormente, Galeno intenta dar a este aserto una justificación biológica cuando asegura: «...el hombre al nacer tiene un cuerpo desprovisto de armas y un alma carente de habilidades...», pero dispone de dos recursos para cumplir las funciones propias de su naturaleza: la razón y la manos. La primera le posibilitará las técnicas necesarias para poder vivir humanamente; las segundas le permitirán construir los instrumentos con los que se manifestará superior a todos los demás seres creados.

Por eso, sigue diciendo Galeno: «...Las manos son los órganos de la razón; esto es, los instrumentos con los que el hombre escribe sus leyes, erige altares a sus dioses, construye naves, esculpe estatuas, hace flautas, liras y todos los instrumentos de las artes y deja a la posteridad sus comentarios escritos a las especulaciones de los antiguos...».

De esta frase puede deducirse que el maestro de Pérgamo ve en el hombre a un ser que se caracteriza fundamentalmente por las dos notas específicas que son la razón y las manos.

Sólo así puede entenderse el verdadero concepto del término aristotélico *tekhne* en su preciso sentido de un saber hacer en el que se articulan inteligencia y obra, pensamiento y operación, razón y manos. Y también, sólo de esta forma vemos el auténtico valor de la palabra *kheirotekhne* o «experto en el uso de la mano», una de las denominaciones más antiguas que han existido para designar al médico.

Son tres las funciones principales de la mano: una, *posesiva* o *prensil*, que nos proporciona la señal y la vivencia de poseer lo que con ella tomamos (1); una función *técnica*, merced a la cual actuamos racionalmente sobre el mundo que nos rodea y que le confiere, en palabras de Galeno, la cualidad de «productora de artes» (2); y una función *noética*, mediante la que nos ayuda a conocer la realidad del mundo y algunas de sus cualidades.

Más adelante tendré ocasión de analizar este triple funcionalismo de la mano, insistiendo en su último aspecto, el noético, el más intrínsecamente específico del quehacer médico, pero antes intentaré adentrarme en un capítulo comprometedor y difícil como es el del lenguaje de las manos.

Tanto en la esfera estrictamente médica como en la vida misma, el idioma universal de las manos cuenta tanto como la palabra y, a veces, incluso más. «¿Quién sustituye al labio cuando hasta el labio calla?», se pregunta, intencionadamente, el poeta argentino Marcos Victoria.

(1) Dice Laín Entralgo que existe cierto grado de ironía histórica en el hecho de que Galeno, que se ocupó de la mano como órgano de la razón en el hombre, a la que caracterizaría por su función prensil y técnica, deje de describir el músculo oponente del pulgar gracias al cual, precisamente, puede ejecutar dichas funciones.

(2) Galeno: *De usu partium*, libro I.

Las manos hablan, dicen, cantan sus secretos. Su íntimo lenguaje no es, estrictamente, el de la Quirología –forma de expresar el pensamiento valiéndose de signos, sistema utilizado por los sordomudos–, ni tampoco el de la Quiromancia, «...gramática de la comunicación humana...» como deseara Dumas. Las manos hablan desde su forma y con sus gestos.

La inspección de la manos, aquilatando su tamaño, su forma, la constitución de sus dedos, se estudia en una antigua ciencia llamada Quirognomía, cuyo primer práctico quizá fuera Anaxágoras cuando estudió las de Pericles, Sófocles y Eurípides. Existe incluso, una clasificación quirognomónica de las manos desde su propia anatomía, con denominaciones tan sugestivas como «mano artística», «mano filosófica», «mano psíquica», entre otras, cada una de ellas con sus características propias, constituyendo arquetipos absolutamente diferenciados.

En la imaginable galería de manos en el Arte, nos encontramos con representaciones de ellas, pintadas o esculpidas, perfectas, admirables, de gran realismo artístico, como las de Paulina Bonaparte en la estatua realizada por Canova, que nos transmite el pensamiento de una auténtica poesía neoclásica; existen, como contrapunto, manos esotéricas, plasmadas con absoluta libertad imaginativa, que podemos ejemplificar en el cuadro del genial Miró, «Manos cogiendo un pájaro».

Sin embargo, el lenguaje de las manos no puede limitarse a la forma, a la pura realidad anatómica desprovista de vida; se basa además en mayor grado, de manera más reveladora y pura y a través de sutiles correspondencias, en el gesto.

Dice Quintiliano en su *De institutione oratoria*: «...Las manos, es difícil explicar la fuerza y poderío que tienen. Las demás partes del cuerpo ayudan al orador, pero las manos hablan por sí mismas. ¿No vemos acaso, que por medio de ellas pedimos, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, execramos, tememos, interrogamos, negamos y expresamos con toda claridad la noción del gozo, la tristeza, la duda, la afirmación, la penitencia, el modo, la cantidad y el tiempo...?»

Porque, como dice G. Rodenbach, las manos son un poco nuestra alma hecha carne; pero una carne sensitiva, imbuida de efervescente vitalidad y no simplemente materia humana. Las manos en sus gestos, nos dicen de sentimientos, de vivencias, de todo aquello que corresponde a la intimidad de nuestra psiquis.

Por eso, al contemplar unas manos pintadas o esculpidas, aun cuando su representación, artísticamente sea perfecta, nos resulte, a veces, muy difícil llegar a un total conocimiento de la emoción que encarnan. No obstante, y a pesar de mi absoluta limitación en este campo, voy a intentar arquetipar su lenguaje de formas y de gestos en algunas conocidas representaciones artísticas, para lo que he de apelar a la benevolencia de todos ustedes y, especialmente, a la vuestra, queridos compañeros de la sección de Nobles Artes de esta Real Academia.

Y bajo esta perspectiva, podemos contemplar en nuestro museo imaginario, manos que dudan, que afirman, que niegan, que aceptan, etc.

Manos que oran en distintas actitudes, coincidiendo en el mismo sentimiento de fervor religioso. Manos de Buda en su *mudrá* constante; manos del *patesi* Gudea, hasta tres veces representado en el arte neosumerio, siempre con el mismo gesto de emoción humilde; manos de Isabel, reina de Navarra, que en su venia resumen todo el candor y modestia tan propios de la escultura gótica.

Manos que aman, que odian, que castigan. Manos que brindan el perdón sin condiciones, como las del padre del hijo pródigo de Rembrandt.

Veo unas manos sumisas en las de la Gioconda, que son reflejo de equilibrio, de serenidad, de placidez espiritual.

Espejo de mansedumbre, o de melancolía, son las de la «Dama del collar», de Modigliani.

Hay manos que se quejan, que sufren, desesperan y enloquecen. Manos crispadas, reflejo del tormento, con dedos espasmodizados, convulsos, espasmofílicos, como los del Cristo de «La Crucifixión» del tríptico de Isenheim, de Matías Grünewald, en las que se acentúa la impresión de las huellas de la tortura sufrida. Manos, las de la Magdalena del mismo cuadro, temblorosas, en las que se adivina el juego patético de los dedos, que suplican y gimen a un tiempo, que adoptan estereotipadas posturas que parecen obedecer a contradictorios impulsos del alma.

Manos que revelan el postrer estertor de la agonía, como las de la estatua yacente de la beata Ludovica Alberoni, en la que Bernini parece contrastar el sufrimiento del moribundo con el inmenso gozo de la eternidad entrevistada.

Otras veces las manos expresan ternura, como sugiere el leve contacto que une a Perseo y Andrómeda en el bajorrelieve del Museo del Capitolio de Roma; ternura y emoción estética que Rabrindranah Tagore hace poesía: «...las manos se cogen de las manos y los ojos quedan en los ojos...» (3).

Ternura que podemos encontrar asimismo en la Madonnas de Rafael, de Mantegna, de Verrochio, de Pilippo Lippi, de Boticelli y en tantas representaciones pictóricas del niño enfermo, en las que se hacen plástica los versos de Gabriel y Galán:

Pero la mano dolorosa y fuerte
de la amorosa madre dolorida,
daba un toque de vida
sobre cada mordisco de la muerte... (4)

Las manos aman. Se están amando eternamente, fundidas en bronce, la de nuestro poeta Ibn Zaydum y la de Valada en su febril contacto, que lo simboliza todo, porque en él está, sin palabras, el más luminoso lenguaje.

Hay ocasiones en que las manos piensan. «Manos pensantes» son las del Lorenzo de Médicis, de Miguel Angel; la del Dr. Gachet, médico de Van Gogh, al que éste inmortalizará en su retrato y, quizá, sobre todas ellas, la de «El pensador» de Rodin.

(3) Tagore, R.: *El juramento*, Madrid, Aguilar, 1954.

(4) Gabriel y Galán: *Obras completas*, Buenos Aires, Sopena, 1944.

La «mano de juramento» con su actitud fría, severa, hierática, la podemos ver representada en «El caballero de la mano en el pecho».

¡Manos del Greco! ¡Manos místicas y espiritualizadas las de San Andrés y San Francisco que forman parte vívida del lenguaje total de un cuadro, en el que El Greco se manifiesta cumplidamente como catalizador de la piedad de su tiempo! Manos delicadamente estilizadas las de la Virgen en la «Anunciación», que nos están revelando todo un mundo de sorpresa, incertidumbre y sometimiento.

Manos de las obras del Greco, fruto de las suyas propias, al decir de nuestro Luis de Góngora, su gran amigo, «manos, cuyos dedos desta vida fueron dioses. que dieron espíritu al leño, vida al lino...».

Podemos ver la «mano pecadora» en la de Eva del grabado de Dürero y también en la equívoca postura de la mano izquierda de Victorine Meunier, la célebre «Olimpia» de Manet, que afirma un gesto más de picardía que de pudor.

Manos pretendidamente pudorosas pueden ser la de la Venus de Botticelli, la de la Fornarina de Rafael o las bellamente cruzadas del busto de Madame Recamier, esculpido por Chinard.

Sin embargo, donde el recato, no exento de perplejidad y timidez, alcanza un más alto grado, quizá sea en la «Pubertad» de Edward Munch, el gran pintor expresionista que consigue en ésta y en todas sus pinturas, representar, como él mismo deseara, «el gran friso de la vida humana».

¿Y esas manos hechas para el amor, como las de algunas Venus de Tintoretto, «manos artísticas» o «psíquicas» en la particular nomenclatura de la Quirognomía? Manos, las más bellas, de dedos largos, finos y armoniosos Manos de mujer eternizadas infinitas veces en el lienzo o perpetuadas en el mármol, como las de la «Dama de las primulas» de Verrochio, cuyo busto conjuga la lírica sutil de alegoría de la primavera con las hermosas manos que a la misma primavera sustentan.

Manos hechas para el amor, a las que, muy recientemente cantara el poeta cordobés José de Miguel:

Tus manos, transfundidas de ternura,
tibias rosas de té que floreciera el alba
ungidas del rocío germinal de la dicha...

Tus manos, palomelas de albura zureando
sus endechas de amor en el otero yermo
donde sin ti mi soledad sería.

Tus manos, ay, tus manos,
agua de mayo sobre mi besana,
norte y sur de la rosa de mis vientos,
principio y fin de este pequeño mundo
íntimo, grato, cotidiano, mío...

La mano, además de expresión, es símbolo; y su más alto simbolismo lo

podemos contemplar en la bóveda de la Capilla Sixtina, en la creación de Adán, representación en la que el índice de la mano de Dios emite el fluido vital, el espíritu creador, que se transmite al hombre, dándole claridad a sus sentidos y despertándole así del sueño eterno. Miguel Angel, en su alegoría, plasma las estrofas del antiguo himno:

*Veni Creator Spiritus
dextrae Dei tu digitus
ascende lumen sensibus...*

Diestra divina, al decir del poeta:

la mano omnipotente
que hizo del limo la gentil figura
de la primera humana criatura,
carne hermosa con alma inteligente...

Inteligencia que habrá de transmitirse a unas manos, creadoras o destructoras, al servicio del bien o del mal, pero que siempre, con sus actitudes y sus gestos, van a reflejar un variado y solemne simbolismo.

La mano en sí, es símbolo natural de fuerza, de poder; precisamente por eso, el término latino *manus* designaba la autoridad del dueño de la casa, del *pater familiae*.

La mano derecha representa la fidelidad, la liberalidad.

Unas manos enlazadas expresan concordia, amistad, alianza: «*Iunsimus hospitio dextras*», dice Virgilio; y Tácito asegura: «*Dextras concordia insignia*»; afirmaciones que hoy perduran simbolizadas en la ceremonia del matrimonio e incluso, en el cotidiano saludo.

Una mano abierta y extendida, representa a la justicia; también indica juramento; colocada sobre la cabeza, seguridad, protección; con el dedo índice extendido y apoyado en los labios, silencio.

En ciertas culturas la mano tiene una significación de talismán contra el «mal de ojo», tradición que parece arrancar de la islamita «mano de Fátima», en la que los chiítas buscan simbolismos que arraigan en sus más prístinas creencias: los cinco dedos representarían a los cinco principales personajes de la familia del profeta y, a la vez, a los cinco grandes dogmas de la Ley.

De la simbología plástica o mímicamente expresada de la mano, podríamos pasar a tratar de la que se encierra en nuestra más común forma de hablar. ¿Nos hemos parado a considerar cuántas veces al día pronunciamos la palabra *mano*, referida a mil y un conceptos diferentes? ¿Cuántas frases hechas, relativas a distintas actividades, emociones, vivencias y facultades, oímos de forma constante, en las que el término *mano*, precisamente, es el que le da sentido a aquéllas? Frase que definen, por sí mismas, la habilidad, el poder, la libertad, la honradez, la confianza, el ruego, la vulgaridad, la amenaza, la dependencia, el cariño, la eficacia, el respeto, la sorpresa, el soborno, la cortesía, la conciencia, la rapidez, la pereza, la frustración, el descanso, la virtud, el pecado, la ocupación, el secreto, la hipocresía, la recon-

ciliación, el halago. Y para terminar esta rápida reflexión, ¿quién no ve la femineidad en la célebre frase de Calomarde y la justificación espúrea en la sentencia de Pilatos?

Sin embargo, tal vez donde esta simbología alcance un más alto rango desde el punto de vista antropológico, sea en el rito de la imposición de manos, el más expresivo de cuantos existen y que data de la más remota antigüedad.

En la Biblia, por citar sólo algunos ejemplos, Jacob impone sus manos sobre sus nietos, indicando con su derecha la predestinación de Efraín, el menor, en detrimento de la primogenitura de Manasés (5).

Aarón ratifica su sacerdocio con este mismo rito (6).

Moisés transmitirá el mando a su hermano Josué, con el contacto de la manos sobre su cabeza (7).

Incluso de esta misma forma, los dos libidinosos ancianos de Israel declararán culpable a la casta Susana (8).

Se imponen las manos sobre la víctima del sacrificio, según ordena la ley mosaica; así se señala a los blasfemos y así son autorizados los levitas por los sacerdotes.

Jesús impone sus manos sobre la hija de Jairo para resucitarla; y sobre los enfermos para curarlos; y sobre los niños para bendecirlos.

También el cristianismo, desde su más remota liturgia, utiliza este rito en la aceptación de catecúmenos y en la confirmación de los bautizados. Concorre también como materia del diaconado y del presbiteriado y, por fin, se imponen las manos como parte del acto ceremonial en la bendición de personas o cosas, en el sacramento de la unción de enfermos y sobre la oblata antes de la consagración.

Pero entremos ya en la imposición de manos con intención curadora en la que, obviamente, se sublima el gesto. El mismo Jesús, dice San Lucas, tras asegurar la curación, imponía sus manos como algo consustancial con el arte de curar, algo así como la rúbrica que lo confirmaba.

Mutatis mutandi, encontramos el mismo rito con idéntica intencionalidad, ya desde el período pretécnico de la cultura griega. La curación se produciría mediante la *catarsis* o *baño lustral*, o por medio de la *terapéutica transferencial*, después de que la *dynamis* o fuerza curadora, se transmitiera de la divinidad al médico y de éste al enfermo, de la misma forma que la inspiración llegaba de las Musas al poeta y de sus cantos al público.

Desde entonces abundan en la historia las curaciones por contacto de las manos de los reyes y gobernantes, quienes en su calidad de salvadores de su pueblo, podrían obrar milagros a título personal. Plinio nos habla del poder especial del pulgar de Pirro; de Vespasiano se dice que curó a un ciego un-tándole con su saliva en los ojos; pero el colmo de esta pretendida gracia regia se desarrollará durante mucho tiempo, en la mismísima Europa.

(5) Santa Biblia. Génesis, XLVIII.

(6) Ibid. Levítico, IX.

(7) Ibid. Números, XXVII.

(8) Ibid. David, XIII.

En Francia desde el reinado de Clodoveo y en Inglaterra a partir de Eduardo el Confesor, existió la creencia de que las escrófulas tuberculosas o «lamparones» curaban tras el toque real en la frente de los enfermos, puesta la mano en forma de cruz, al par que eran pronunciadas las palabras rituales: «Rex tangit te, Deus sanat te».

Durante más de catorce siglos, esta ceremonia ritual se perpetuaría en ambos países, fundamentada en la tradición y también en algunas opiniones acreditadas, como las del famoso cirujano francés Guillaume Dupuytren y la de nuestro Padre Feijóo, que en la carta XXV de su *Teatro crítico universal* se muestra convencido de la efectividad de este pretendido método de curación (9).

Por supuesto, hoy día no podemos creer que los reyes de Francia e Inglaterra tuvieran en sus manos algún tipo de poder terapéutico pero, sin embargo, hemos de convenir que este rito había de poseer alguna eficacia, cuando se mantuvo durante tantos siglos.

Pensando desde un punto de vista estrictamente racional, puede sospecharse que muchos de los, pretendidamente, escrofulosos curados tras el toque regio, no eran sino afectos de algún proceso linfadenítico no estrictamente tuberculoso que, influido por la *vis medicatrix naturae*, de todas formas había de solucionarse por sí mismo. Pero también nos es lícito pensar que el poder de la sugestión influiría en no pocas ocasiones; poder terapéutico éste, que no resulta extraño ni siquiera en nuestra supertecnificada medicina actual.

No pretendo adentrarme ahora en los siempre complejos entresijos de la medicina psicosomática, pero sí he de hacer una breve digresión de esta estirpe que me parece básica y fundamental para reflexiones ulteriores.

Es cada vez más perentorio y acuciante que el médico primero, y después la sociedad, comprendan que no podemos ni debemos atenernos a estudiar y ejercer una patología y una clínica en las que se tengan en cuenta, solamente, unos fundamentos técnicos, eso sí, cada vez más sofisticados y efectivos pero que, como contrapunto, hacen que se olvide o arrincone la esencia fundamental de la razón de ser del médico.

Es necesario, de una vez por todas, intentar llegar a la comprensión total del hombre que ha de contemplar, no sólo las funciones de sus órganos, sino también su vida personal; no simplemente lo que ocurre en él en este momento determinado, sino además, lo que fue su pasado y lo que representa su «proyecto vital» para el futuro; únicamente de esta forma, podremos hallar el fundamento para una medicina que pretenda llamarse realmente humana.

Es forzosa una visión unitaria, integrada, del ser humano en su fisiología y en su patología. Dice Rof Carballo: «...Alma y cuerpo son en el hombre

(9) Sin embargo, en Inglaterra, a partir del siglo XVII, los mismos monarcas, aunque continuadores de la tradición, no compartían la confianza de los afectados del «mal de roi». De Guillermo III de Orange se dice que murmuró a uno de ellos, al par que le imponían las manos: «Que el Señor te conceda una mejor salud y, sobre todo, más sentido común».

esencialmente irreductibles; pero constituyen, sin embargo, una sola realidad humana. Su unidad no es una interacción causal, ni un químico paralelismo. No es tampoco una unión, sino una primaria y radical unidad» (10).

Por todo ello, como aconseja Laín, hemos de tender a una patología antropológica que se base en la persona, no en el caso clínico; en el hombre enfermo, no en su enfermedad.

Con este convencimiento, ha de abordar el médico su encuentro con su paciente, para realizar ese «coloquio singular» que, en opinión de Duhanell, ha de ser la relación entre ambos. Una relación que ha de buscar, a la postre, un satisfactorio resultado terapéutico; y no hay que olvidar que el primero de los medicamentos que entran en juego en la acción terapéutica, es la persona misma del médico. Lo que sea éste para el enfermo y lo que haga con él y cómo lo haga, puede influir en el tratamiento de una manera beneficiosa o perjudicial.

Toda esta última reflexión podríamos resumirla en la máxima de Portes: «...la práctica médica consiste en una confianza que va a buscar una conciencia...»; la confianza del enfermo hacia su médico, precisamente porque cree tanto en sus conocimientos científicos como en la forma humana de aplicarlos.

Una vez establecido este necesario, aunque quizá dilatado exordio, hemos de preguntarnos: ¿qué papel juega, precisamente, la mano del médico en el seno de esta medicina antropológica, que las circunstancias actuales, cada vez más y con mayor fuerza demandan?

Desde los tiempos más remotos, la mano del médico se ha ido haciendo experta y sapiente; ha aprendido a hacer de su oficio un arte y ha mantenido su necesidad irremplazable en la exploración del enfermo.

Al tratar de ésta, he de omitir la trascendencia de la anamnesis previa, en la cual el médico, al interrogar al enfermo, ha de pretender incluso, como dijo Marañón, «...saber escuchar sus silencios y sus pausas...». Sólo citaré de pasada, la importancia que, desde el punto de vista clínico, tienen los procedimientos clásicos de la exploración manual, percusión, tactación y palpación, puesto que todos los tratados de Semiología exponen cómo se ejecutan las diversas técnicas y cuáles son los datos que con ellas pueden recogerse. Lo que sí intentaré es esbozar el valor, que desde el punto de vista antropológico, representa el contacto manual entre el explorador y el enfermo, en la total estructura de la relación médica.

El tacto es, por excelencia, el sentido por el que se nos patentiza la efectiva realidad del mundo exterior. Con razón, la psicología clásica le atribuye la condición de sentido primario, de «protosentido».

El órgano que más cumplidamente lo representa es, sin duda alguna, la mano. Y más aún, la mano del médico que, cuando explora el cuerpo del enfermo, no ejecuta su función *prensil* o *posesiva*, pues no intenta poseerlo; ni su *función técnica* —no pretende modificarlo—, sino solamente la *función*

(10) Rof Carballo: «Antropología filosófica de X. Zubiri», *II Conferencia Europea de Medicina Psicosomática*, 1956.

noética, la puramente táctil en suma, que le es necesaria para percutir, tatar y palpar.

Y cuando tal hace, además de recoger los diferentes signos de la enfermedad de que se trate ¿qué le ofrece el contacto de sus manos sobre el cuerpo del enfermo? ¿En qué consiste su vivencia de tocar?

Empecemos diciendo que, a través del tacto, podemos distinguir dos órdenes de realidades: la realidad tangible de la materia inerte y la realidad tangible del cuerpo viviente del hombre, ambas, diametralmente opuestas, pues si en la primera recogemos unas impresiones calculables y previsibles, fijas y fijadas en su propia inmutable estructura, en la segunda podremos detectar reacciones inesperadas ya que, en palabras de Laín, «...tocar el cuerpo viviente del hombre es, ante todo, adquirir experiencia táctil de la libertad ajena...».

El médico, cuanto toca a su enfermo, puede hacerlo con esta doble intención aludida, aunque, obviamente, es la segunda la que habrá de imponerse. Dice Ortega y Gasset: «...No vemos nunca el cuerpo del hombre como simple cuerpo, sino siempre como carne; es decir, como una forma especial cargada de alusiones a una intimidad...» (11).

Y de esta forma, el fenómeno táctil sobre el cuerpo del hombre nos proporcionará los siguientes conocimientos de esa su intimidad:

Desde un punto de vista puramente cognoscitivo, la mano del médico comprueba que lo que toca, existe realmente y que posee unas notas peculiares de dureza o blandura, de aspereza o suavidad, pero además percibe que «el otro», el tocado, el enfermo en fin, le manifiesta a través del tacto, aunque de manera incierta, su condición de persona. Dicho en otras palabras: para el tangente —el médico—, el tactado —el enfermo—, es una realidad física fuertemente objetiva y muy equívocamente expresiva o intencional.

En el momento operativo del fenómeno táctil, en general pueden darse dos posibilidades básicas, según la sensación de amor u odio que despierte el tocado; hay una gran distancia entre el modo operativo de tocar una madre a su hijo, y el desplazamiento odioso del cuerpo ajeno, que significan un empujón o un puñetazo.

Como es inimaginable que el médico se conduzca con odio frente al enfermo —a pesar de las frases aviesamente malintencionadas, vertidas recientemente en una «carta al director» de un diario por unas manos cobardes, ¡itambién hay manos cobardes!, que sirven a mentes conturbadas y sectarias; como tal pensamiento es puro dislate, sólo me referiré a la única posibilidad que puede plantearse: la vinculación amorosa con el enfermo, a través del tacto. Y esa vinculación interpersonal, presidida, como decía antes, por la confianza y la conciencia, ha de basarse en el reconocimiento de la dignidad de la persona a la que afecta; por ello, esta relación táctil aspirará a deparar «al otro» un bien efectivo, un bienestar.

Nunca podrá imaginarse un contacto en el que el médico busque la

(11) Ortega y Gasset: *La expresión, fenómeno cósmico*.

complacencia para sí, la «caricia-para-mí», según frase de Laín, que situaría al sujeto tocado en la simple condición de objeto placentero. La relación táctil con el enfermo aspirará a ser una caricia, pero, eso sí, una caricia interpersonal, una «caricia-para-el-otro», una caricia auténtica, en fin, en la que quien la ejecuta, da y recibe.

Da al enfermo una vivencia de autoafirmación como persona; aquél experimentarí, dice Zubiri, la impresión de su propia realidad y de su propio valor.

Le da bienestar (¿podríamos decir placer?), por el sabio contacto de unas manos en las que deben conjugarse amor y arte.

Le da alivio con su intención siempre curadora, como la que tienen las manos de una madre que acarician la zona dolorida de su hijo.

Le da apoyo, igual que la que presta la mano viril que sostiene y protege la frágil de su amada.

Le da ánimo, como la mano que golpea amistosamente una espalda atribulada.

Le da o pretende darle, en suma, morada grata y segura para su existencia.

Tal es el «aspecto frutivo» del tacto personal al que alude Santo Tomás cuando dice: «...La delectación y sobre todo, la que llega por el tacto, es causa de amistad deleitable «per modum finis».

Según todo esto, ¿qué deben ser la tactación y palpación del médico? ¿Qué papel juegan sus manos en ese «encuentro humano en amistad técnica», que es para Laín, el acto médico?

Por un lado, han de ejecutar una operación objetivante y cognoscitiva en la que el paciente es, simplemente, un cuerpo tangible, del que a través de ese mudo código de señales, que los psicólogos de nuestro siglo han llamado «lenguaje de los órganos», las manos del médico hacen realidad la frase de Goethe que asegura: «lo que hay dentro, eso hay fuera». Sería ésta, la parte puramente técnica, inanimada, de la palpación, que recoge y trata la Semiólogía.

Pero, por otro lado, las manos del médico, sobre todo, han de realizar el acto interpersonal y amoroso de la «caricia-para-el-otro», para así convertir la palpación en una actividad humanamente técnica, realizada sobre el cuerpo del enfermo, morada personal, como organismo, para en el que y por el que, se hace viviente y tangible una persona.

Podemos ver, por tanto, cómo en una determinada actividad del acto médico –la palpación– puede el llamado humanismo, mera actitud mental, convertirse en genuina humanización o conducta efectiva.

Naturalmente que, para que esto pueda realizarse, es indispensable una suficiente habilidad manual y con ella, una efectiva delicadeza moral y estética, o sea, un dominio de la Haptotécnica, que junto a la Opsitécnica o técnica de la mirada y a la Logotécnica o técnica de la palabra, habrán de integrar el necesario bagaje científico y humano del que, en verdad, pretenda ser médico en toda la extensión y profundidad que tal denominación conlleva.

Sin embargo, no son las circunstancias actuales las más favorables para que el médico pueda realizar la función a la que su vocación le induce.

Las manos del médico están atadas por una serie de condicionamientos a los que es ajeno. El médico necesita ver, oír, tocar a su paciente en el marco de una relación interpersonal no interferida por la prisa u otros factores igualmente negativos.

Hoy día se pretende sustituir la tradicional y necesaria confianza del paciente en su médico, por una fe, nebulosa e imprecisa, en la ciencia médica como institución, intentando así salvar el escollo que la medicina colectivizada y administrada por el Estado encuentra en el inalienable derecho del enfermo para la elección de su médico.

Y por si esto no fuera suficiente para poner en almoneda el sistema tradicional de la relación médico-enfermo, también hemos de contar con un factor aún más preocupante y negativo: los que, a diario, nos encontramos en las masificadas consultas de la Seguridad Social, con decenas de enfermos, a los que hay que atender, si por atención se entiende la dedicación a cada uno de ellos de poco más de un minuto de nuestro tiempo de consulta, podemos constatar que la confianza, la verdadera fe del paciente, se ha desplazado ya desde el médico al fármaco. Su demanda —y, naturalmente, tengo que referirme a un fenómeno general, excluyendo contados casos particulares—, se basa más en la prestación de medicamentos que en la pura asistencia. Al enfermo, en general, le importa más el terapeuta que el médico, siendo aquél sólo un aspecto parcial del segundo. Y aún más, le interesa, profundamente, «lo que» el terapeuta prescribe, más que el «porqué», o el «cómo» o el «para qué» lo prescribe.

He leído en alguna parte que esta desviación, absolutamente irracional de la confianza del enfermo hacia el medicamento *per se*, pudiera basarse en el hecho de que éste es el vehículo de la acción sugestiva del terapeuta. E incluso, concibiendo la operación del fármaco sólo desde el punto de vista de su estructura físico-química, con exagerado optimismo, podríamos considerarlo como un sistema de «micromanos» capaces de actuar, modificando de manera selectiva la estructura material de las zonas del cuerpo a las que llega; representando en suma, una sutil e inteligente prolongación de las manos del médico en el interior del organismo del paciente.

Pienso honradamente que esta explicación, válida quizá en otros momentos históricos de la Medicina, hoy no es más que un artificio dialéctico; un intento de justificación de un hecho real e injustificable; un deseo de endulzar una situación en la que el médico participa, llevado por la inercia de acontecimientos que le desbordan.

Sí, hoy las manos del médico está atadas.

¡Pobres manos del médico, hechas para curar y utilizadas muchas veces, sólo en rutinarias tareas de amanuense!

¡Manos del médico, «ministros de la razón y de la sabiduría», como Fray Luis dijera, a menudo injustamente acusadas de desordenados apetitos materiales, cuando no de corruptelas!

¡Manos del médico, instrumentos para la defensa de la vida, hoy torpemente demandadas para aniquilarla!

¡Manos del médico, en estos días, por desgracia, crispadas, cuando su crispación sólo puede explicarse en el instante trágico en el que, tras ser héroes en mil batallas, son vencidas por el inexorable poder de la muerte!

¡Manos del médico, a pesar de todo, necesarias, irremplazables, en su misión trascendente y nunca olvidada!

¡Manos, como las de don Enrique que, cuando por fin quedan quietas, en sus dedos enlazados han quedado prendidos muchos pequeños milagros, mucho dolor restañado, muchas emociones, muchas renunciadas, ilusiones nacientes, vida!

Las manos del médico nunca podrán irse vacías.